

STARCRRAFT

HEART OF THE SWARM



Los valientes uveceros

por Kal-El Bogdanove

A Bill "Pearly" Bousquette le picaba la nuca como le había ocurrido a temporadas desde su primera semana de servicio en la guerra anterior. Había crecido en Choss, un peñasco insignificante al que las guías se referían desdeñosamente como "New Moonxico" a causa de su clima desértico absolutamente uniforme. Pearly había pasado su juventud trabajando en dicho clima, planificando las elegantes ciudades en acantilados adonde los hombres más acaudalados se llevaban a sus familias y queridas para disfrutar del sol constante y el aire seco, para mejorar de su difteria y su palidez por andar siempre en cruceros y sentir que recibían un servicio a la altura de sus fortunas de trillones de créditos.

Toda una vida al aire libre en Choss había hecho que Pearly prefiriera un cuello más bien curtido: bronceado y reseco incluso cuando trabajabas como un perro y tus partes no expuestas al sol y al viento chorreaban de sudor. En el servicio, la mitad del tiempo te tenían en una enorme lata que pilotabas por dentro de otra lata aún más grande, muy lejos de la luz y el aire. El arnés del articulador del interior del vehículo de construcción espacial T-280 hacía que el cuello de Pearly sudara, y sin el sol y el viento para secarlo acababa cada jornada de trabajo con picores ahí. A Pearly le parecía que le picaba aún más cuando estaba exasperado, y ahora le escocía horrores mientras miraba a sus hombres congregados en torno a la pantalla y quejándose a más no poder.

"Olvidaos de los materiales. ¿Cómo demonios vamos a construir esa condenada cosa para empezar? Un puente plegable que soporte tándems de tanques de asedio en un espacio de un cuarto de kilómetro, pero lo bastante ligero para ser transportado por una nave de evacuación con todo un complemento de armas. ¡Joder!".

El que hablaba era Vigo "Atún" Czark. En el mundo, Czark había sido un especialista en grúas para las flotas pesqueras de Turaxis II, y en el espacio era el peor de los fatalistas. Chewitel "Choosey" Wsoro (experto en voladuras de la compañía Old Faithful, birlado ante las narices del consorcio minero confederado) sacudió la cabeza como respuesta y soltó: "Yo, colega, estaría mucho más preocupado de que a Raynor le dé por asignar misiones que nos obliguen a hacer pasar a los chicarrones en formación de dos a lo largo de un cauce de un cuarto de kilómetro".

Pearly dejó que sus uveceros refunfuñaran un rato mientras los estudiaba y le daba vueltas al problema por su cuenta. Los hombres que lo rodeaban no eran jóvenes; diantre, el rostro más jovial entre ellos ya estaba enmarcado por las primeras canas de la mediana edad. Raynor había intentado darle a Pearly savia nueva cuando comenzó a organizar esta disparatada unidad. Le había enviado lo más granado de la última promoción de la Universidad Central de Umoja (al menos después de que el Dominio, los de Umoja y la Asociación se hubieran quedado su cupo). Todos ellos tenían la cabeza llena de teorías, pero ninguno había construido nada más grande que una maqueta.

Para colmo, la mayoría estaban tan verdes que soltaban sus soldados a la menor señal de disparos, y eso no encajaba con el propósito de la unidad. Los Asaltantes de Raynor eran rebeldes que intentaban luchar contra todo el maldito Dominio con una centésima parte de los recursos del enemigo. Siempre se veían superados en personal y potencia de fuego, siempre iban sin tiempo, y aun así Jim Raynor había logrado conducirlos a más victorias que derrotas.

Con tantas probabilidades en contra, Raynor necesitaba un grupo de pilotos de VCE capaces de soportar la presión, de centrarse en vertiginosos enigmas de ingeniería incluso bajo fuego, empuñando las armas para defender su trabajo si era necesario. Raynor había ido tras Pearly —un hombre al que había visto completar una soldadura en un erabion mientras en la parte posterior de su T-280 iban impactando arrítmicamente balas de armas pequeñas— para que liderara a este puñado de locos. Cuando Pearly le dijo a Raynor que ninguno de los hombres que había asignado a la cuadrilla era apto para la tarea, Raynor había tenido la paciencia de esperar mientras Pearly los despedía a todos y comenzaba el reclutamiento desde cero.

Y eso hizo Pearly. Lo que necesitaba era un grupo de gente curtida en el trabajo, expertos tan duros como el pastel de postre estándar nº 10 en una ración de la antigua guerra. Necesitaba tipos que conocieran el oficio de pe a pa. Necesitaba treinta tíos como él, y se puso a buscarlos. Pearly rondó por puertos y obras (y un número considerable de bares) de todo el sector en busca de todo tipo de sujetos, desde ingenieros titulados como él hasta fontaneros autodidactas que eran tan buenos que podían hacer que la mierda subiera hacia arriba en un día caluroso.

Ninguno de ellos era tan joven como el soldado medio, y a dos de cada tres ya se los habían llevado de Pho-Rekh a Aiur en la antigua guerra. Esas cosas dieron pie a la popular broma entre soldados que decía: "Sé amable con un uvecero; ¡podría ser tu padre!". Eso hacía que la chusma riera hasta que veían a los uveceros montar un centro de mando y seis búnkeres mientras el resto de los Asaltantes se escondía del

ametrallamiento de un par de átropos. De repente la idea de que allá en el mundo los uveceros fueran básicamente unos machacas obstinados y marujos sufridores ya no importaba demasiado. La verdad era que te podían construir un iglú en una tarde de agosto en el infierno y con el mismísimo diablo dando por saco.

Quizás por eso, oírlos quejarse como un puñado de verduleras de Pridewater hacía que el cuello le picara tanto a Pearly. Sabía que si estos hombres ponían pegas, tenían buenos motivos.

Llevaban de mal humor desde el martes por la mañana, cuando el soldador de primera Steiglitz recibió la carta. Como la mayoría de uveceros, Steiglitz tenía una familia en casa —tres chavales y una esposa paciente—, y la carta lo informaba de la muerte del mayor de ellos. Pensando que era su deber, el chico se había unido a la milicia de defensa de su planeta y había volado por los aires por culpa del "fuego amigo" durante una escaramuza en la atmósfera exterior con los zerg.

El martes por la tarde, Steiglitz se dedicó a despedazar un cuervo nuevecito que había estado ensamblando hasta reducirlo a media docena de carísimos trozos de basura antes de que Choosey y un manipulador de fibra llamado Patel lo apartaran de su plataforma de soldar plastiacer.

Pearly había visto a soldados más jóvenes quejarse de todo, desde la calidad de las comidas a las literas, mientras que los uveceros se servían doble ración y dormían con menos almohadas. Pero desde lo de la carta de Steiglitz, estaban todos a la que saltaba.

Pearly pensó en su mujer y en sus propios hijos, ya adultos los dos, uno de director del Canyon Plaza en su misma localidad, el otro diseñando propulsores avanzados en Umoja. No eran menos vulnerables de lo que lo había sido el chico de Steiglitz, y cuando pensaba en ellos se los imaginaba cada vez más como tres figuras a campo abierto con enemigos por todas partes. El tiempo y la distancia siempre magnificaban esa sensación de ansiedad, y desde la llegada de la carta se le había convertido en un peso constante en el estómago.

Se sacudió esa sensación y se aclaró la garganta. "De acuerdo, escuchad. Si hubiera querido oír *no se puede*, le habría preguntado a un político del Dominio. Lo volveremos a intentar a las 16:00. Quiero que para entonces las tres brigadas tácticas tengan una lista de materiales logísticamente viables. Todo el tiempo que sobre es para vosotros. Dedicadlo a rezar o a jugar al remigio; me importa un rábano".

Pearly examinó a los hombres, flácidos y arrugados como una carta releída demasiadas veces. "A algunos de vosotros os convendría pasarlo en el gimnasio". Unos cuantos de los uveceros se rieron. Pearly se dio unas palmadas en su propia barriga. "Y a mí también". Hubo unas cuantas sonrisas más. "Podéis retiraros".

Pearly se quedó mirando cómo se dispersaban los uveceros, y echó atrás el brazo para rascarse el cuello con el lápiz táctil de su consola remota. Él estaba al mando, y a él le tocaba hacer algo al respecto. *Mierda*.

Rory Swann dejó su taza con un golpe contundente. Rory hacía la mayoría de cosas de forma contundente. Tenía una cualidad expresiva que a Pearly le gustaba, tal vez porque él mismo era tan circunspecto, de los que nunca corrían a llenar un silencio.

Rory era el ingeniero jefe de la nave. Algunos años antes, los uveceros habían arrimado el hombro junto al equipo de ingenieros para remendar el *Hyperion* tras un enfrentamiento de lo más feo. Pearly había hecho sus mejores amigos entre grasa y engranajes, y Rory no era una excepción.

Por más opuestos que fueran sus temperamentos, los dos eran muy fáciles de tratar.

Pearly lo atribuía en parte al hecho que tenían más o menos el mismo rango y los mismos conocimientos, pero en general los deberes de ambos nunca se solapaban.

Podemos quejarnos el uno al otro con total impunidad y sin arriesgarnos a malos rollos.

Normalmente eso significaba que Rory llamara a Jim Raynor un "maldito figura" y le soltara un discurso de veinte minutos acerca de la última cosa sobre la que había chocado con el comandante.

Hoy podría ser distinto, pensó Pearly mientras Rory se deshacía en elogios sobre los méritos del vehículo de asalto alacrán por enésima vez. La cuestión era que, pese a todas sus riñas, Raynor y Swann eran uña y carne. Y como Pearly intentaba encontrar una forma de convencer a Raynor de hacer algo que estaba seguro de que no querría, sabía que Rory era el hombre adecuado al que pedir consejo.

Swann estaba terminando de explicar una de sus fantasmadas. "...vamos, es que no creo que ni me dejen aterrizar más en esa luna". Pearly soltó una risita (aunque había oído esa historia media docena de veces) y pensó en cómo expresar su inquietud.

"Oye, Swann..."

"¿Qué te preocupa, colega?"

Pearly bebió un sorbo de cerveza y continuó. "¿Estás casado?"

Swann sonrió. "Más de una vez. ¿Por qué? ¿Alguien busca un marido manco?"

Pearly cogió un puñado de galletas saladas y contó la historia de Steiglitz —fijándose en la mueca que esbozó Swann al llegar al destrozo del cuervo—, hasta que al fin consiguió abordar su principal preocupación.

"El caso es que nunca haraganearían. Nunca irían arrastrando el culo. Pero los está afectando. Están susceptibles sin querer, menos avisados que de costumbre. Es como una subrutina en segundo plano. Tal vez no te fijes en ello al principio, pero si prestas atención ves que la CPU va sobrecargada. Necesitan ver a sus familias, Rory. Aunque sea por unas horas. Se están volviendo... toscos".

Rory abrió y cerró las pinzas de su brazo biónico. "Mmm. Ya. ¿Cómo no iba a ser así? Joder... Para la mayoría de los chicos de esta nave esta es su primera guerra. Los jóvenes luchan por principios o por venganza. A veces por diversión. No como en tu caso y el mío".

Pearly resopló. "Menudo trolero. Tú *aún* lo haces por diversión".

Swann se rió. "Sí, puede que yo sí. Pero tus hombres no. Están en esto por los que tienen en casa. Tienes que ir a ver a Raynor".

"¿Y qué le digo?".

"Dile lo que me has dicho a mí. Joder, *los dos* sois unos palurdos reservados de vete a saber qué agujero del quinto pino. Tú más que nadie deberías saberlo: la mejor forma de tratar con un vaquero es ir al grano. Dile lo que necesitas".

"Odio pedir".

"No se lo vas a pedir. Se lo vas a contar. Raynor no es idiota. Entenderá... mmm... lo sensato del asunto. Recuerda, todos los Asaltantes que están dándole al callo aquí en este embrollo desesperado tienen una cosa en común. Te miro a ti, a Raynor —a *cualquiera* de nuestros hombres— y sé que estoy viendo a un tipo normal que se cansó de darlo todo por un puñado de fascistas que no gastarían ni diez malditos créditos en

salvarle la vida a él ni a ninguna otra persona. Empieza por ahí. Ve construyendo a partir de eso. Como cuando montas un VAL".

Pearly suspiró. "Eres un optimista".

Rory soltó una carcajada. "Y tú un cabrón de lo más rarito. Te liarías a puñetazo limpio con un fanático sin inmutarte, pero si alguien intenta sacarte diez palabras consecutivas te me vuelves tímido".

Swann tendió la mano por encima de la barra y se sirvió del grifo. "La respuesta siempre es no si nunca preguntas. El primer paso es abrir la boca. Tómate otra conmigo y luego ve a por ellos".

"Es imposible", dijo Raynor con la seguridad despreocupada que hacía que los soldados más jóvenes se pusieran derechos y saludaran. A Pearly le hizo que la mano se le fuera automáticamente a frotarse la nuca.

"Nuestra posición es demasiado delicada. Hace falta una cierta cantidad de recursos para que este pájaro siga en el aire. La mayoría de los chicos están ocupados en convertir esos recursos en munición gastada. Tu unidad consigue doce veces más de lo que logra cualquier otra brigada en un año de misiones".

"Siete veces lo que consigue el cuerpo de ingenieros equivalente del Dominio, con una tercera parte de su presupuesto operativo", dijo Pearly. "Conozco las estadísticas, Jim".

"Me estás dando la razón". Raynor sacó un cuchillo de doble filo y cortó una gran rodaja de una manzana rojiza de Shilo que tenía en un cuenco en el rincón de su escritorio. "No podemos prescindir de vosotros." Le ofreció a Pearly la rodaja en la punta del cuchillo. Pearly indicó que no mediante un leve y educado gesto con su mano libre y tomó un poco de aire. Raynor prosiguió.

"Llevamos las riendas de una rebelión en pleno apogeo. La única manera de poder permitírnoslo es tener contenta a la gente de Moebius".

Raynor le dio un mordisco a la manzana, masticó y tragó.

"El liderazgo tiene sus complicaciones. El presupuesto puede ser crucial de cojones. ¿Te imaginaste alguna vez donde estás ahora?".

Pearly pensó en ello. "Supongo que básicamente me veía construyendo destinos turísticos para ricachos. Administrando un rancho cuando tuviera un momento libre. Engordando y con nietos sentados en mis rodillas".

"Qué curioso es el universo, ¿verdad?".

Raynor negó con la cabeza.

"Lo siento, Pearly. Estamos en una encrucijada determinante en esta lucha. Es imposible. Ahora no".

Pearly fue sorprendido una vez por tres crías zerg mientras reparaba un tanque de asedio sobre el terreno, y consiguió acabar con las tres con solo un soldador de arco y una llave inglesa especialmente pesada. *¿Por qué esto me cuesta tanto?*

Raynor llenó el silencio. "Pero me alegra que estés aquí, porque hoy pensaba llamarte de todos modos para informarte de una misión".

"Creía que ya estábamos discutiendo un proyecto".

Raynor sonrió burlón. "Esto tiene prioridad. No pongas esa cara...". Raynor insertó un chip de datos en la consola táctica y sobre ella apareció entre parpadeos una representación telemétrica de una pequeña luna. "Será una cosa rutinaria".

"Es ir, desmontar y volver", explicó Pearly a los hombres mientras estos contemplaban el informe de misión.

"¿Con soldados de apoyo?", preguntó Czark.

"El comandante no los ha ofrecido, y yo no se lo he pedido. Esto es una rebelión, no un baile de parejas. Este equipo tronado ya va lo bastante justo para que vayamos nosotros y nos llevemos del frente hombres capaces para que sienten por ahí y beban café mientras nos ven trabajar. Además, esto no tiene complicaciones. Entramos y salimos con lo que interesa".

"¿Y lo que interesa es...?", preguntó Choosey, cruzado de brazos y con las cejas arqueadas.

"Esas sondas que el cabo Griffud lanzó hace seis semanas han estado transmitiendo sin parar. Detectaron una veta de un mineral valioso en esta luna. El jefe fue alertado a las cinco cero cero. Nos llevarán hasta allí durante la noche y estaremos listos para el despliegue mañana por la mañana".

"¿Cómo de valioso?", preguntó Czark. Pearly pulsó una tecla en la consola táctica y miró cómo aparecían los datos sobre el filón e iluminaban las caras de los hombres.

"Cielo santo", dijo Choosey.

"Siempre y cuando esos robotejos de Griffud sean precisos", añadió Czark. Al otro lado del círculo, Liam Griffud (profesor de geología exploratoria, birlado de una beca de investigación en la UCU) apartó su pelo rojizo de su pálido rostro y juntó las puntas de sus largos y delgados dedos.

"Son precisos", dijo con una sonrisa tan pequeña y seca como una pasa.

"¿Y cómo es que nadie ha intentado hincarle el diente a este pastel?", preguntó Choosey.

"Ese peñasco se llama Gurdlac. La atmósfera permite la vida humana, pero solo apenas. Hace tanto calor que incluso un oriundo de New Moonxico como yo se lo pensaría dos veces. Nuestros servicios de inteligencia dicen que el Dominio lo señaló para una posible terraformación y para usarlo como campo de refugiados, pero nunca llegaron a hacerlo. No hay escrituras en el registro, estudios o vigilancia. Tan solo una gran piedra caliente a la que nadie ha echado un segundo vistazo salvo nosotros".

Pearly se encogió de hombros. "Solo tenemos que ir ahí y hacer lo que sabemos. La única pega es que los Asaltantes tienen que ir a patear culos a otra parte mientras estamos en ello. Nos dejarán allí y nos recogerán, pero en el transcurso de la misión estaremos solos".

"Menuda novedad", refunfuñó Czark, provocando una carcajada general. "De acuerdo, sargento. Haré que la brigada táctica A prepare las MULAs".

"Yo calcularé un equipo mínimo viable y se lo pasaré a los sobrecargos", dijo Choosey.

"Una última cosa...". Pearly titubeó. "Sé que llevamos encima un buen número de turnos dobles y que nuestro periodo de servicio es ya dos veces más largo de lo que la mayoría de vosotros pretendíais, sin ningún permiso. Y a pesar de todo trabajáis el doble que

cualquier operario del ramo. Pero he pensado que os gustaría saber que estoy...
trabajando en ello. Podéis retiraros".

Los hombres arrastraron un poco sus botas gastadas por el trabajo, se rascaron sus
barbillas sin afeitar y se fueron. Unos cuantos le hicieron algún guiño amistoso. Choosey
se detuvo y le dijo en voz baja: "Tranquilo, jefe. Si es humanamente posible, lo
conseguirás".

Luego Choosey le dio unas palmadas en el hombro y corrió a unirse a los demás. Pearly
suspiró mientras miraba cómo se iban hasta que ya no podían oírlo.

Es bonito pensar eso.

El lanzamiento desde la nave hizo que el desayuno de Pearly le hiciera piruetas en el
estómago, como en todos los lanzamientos en los que había estado. Era un auténtico
alivio volver a pisar suelo firme, aunque lo separara de él un metro y medio de T-280.

Pearly hizo un poco de calentamiento, recuperando las sensaciones familiares del
articulador. El articulador estándar incluía un arnés moldeado unido al cuerpo del
operario. Era capaz de interpretar los movimientos más leves del usuario y
transformarlos en los del VCE. El módulo de realimentación de fuerza de a bordo (el
MRF, o "¡MEQUETREFE!" si un zergling se te subía a la espalda) generaba una respuesta

táctil proporcional y daba al operario una idea pero que muy aproximada de cómo sería si los enormes miembros de su gigantesco equipo fueran los suyos.

Hacía casi otra vida, Pearly había estado trabajando con un contrato miserable junto a un mecánico autodidacta con muy malas pulgas de un asentamiento perdido en el quinto infierno. El tipo se llamaba Redell Quinton. Se hicieron buenos amigos mientras arreglaban a golpes las imperfecciones de algunos de los módulos de realimentación más problemáticos del sector. Con el paso del tiempo comenzaron a pasar las noches parloteando sobre los módulos de alto nivel que les gustaría patentar si tuvieran el dinero. Fue durante una de estas sesiones de fanfarronadas, medio cocidos con el aguardiente clandestino de Red (a día de hoy el brebaje más chungo que Pearly se hubiera metido jamás en el estómago), cuando Pearly esbozó por primera vez el borrador de su articulador heurístico y biométrico.

Años después, con todo el peso de los uveceros a su disposición, se concentró en construirlo y hacer que lo instalaran en todos los VCE a su cargo. El dispositivo tomaba nota de las respuestas nerviosas de cada usuario e iba realizando arreglos graduales para mejorar el rendimiento. Ahora, cuantas más horas estaban conectados los uveceros a sus plataformas, mejor respondían estas. Como resultado, los hombres cogían cariño a sus máquinas en particular. Pearly, que en el fondo era un vaquero, siempre pensaba en los caballos que los granjeros de Choss tenían a mano para cuando había escasez de combustible —lo cual no era infrecuente— y en cómo un jinete llegaba a conocer a su montura favorita.

Pearly no era inmune a ese efecto. Blindó su plataforma con neoacero que había obtenido de aquí y allá, optimizó sus propulsores y mimaba en general a ese enorme pedazo de maquinaria.

Ahora, ya a salvo en tierra firme (*o Gurdlac firme*, pensó), Pearly dio unos agradecidos y sonoros pasos para doblar las rodillas, encendió sus propulsores durante un momento y miró los indicadores de rendimiento. Luego, satisfecho de que la plataforma funcionara como debía, se giró y consultó el monitor táctico a su izquierda. Los signos vitales de todos sus uveceros latían constantes para su tranquilidad, una eficaz cuadrícula de palpitantes puntos rojos.

Pearly miró Gurdlac a su alrededor. Una interminable llanura de matorrales con alguna que otra cañada al este. Una pronunciada pared de piedra se elevaba hacia una meseta al oeste, desgarrada y repleta de quebradas y cañones encajonados según se extendía sin fin a norte y sur. La luna era preciosa y desolada de una forma que él bien conocía, una forma que solo era posible en los desiertos. Y hacía buen día.

Eso hacía que *esto* fuera más duro.

"No os subáis las tapas, chicos. Sé que todos echamos de menos el aire fresco, pero este sitio os dejará secos y no vamos sobrados de humedad. Ajustad el CONFORTrolador a un nivel alto para no sudar".

Y una porra. Estas malditas cosas no son mucho mejores que los aparatos de aire acondicionado de consumo masivo. Cuando regresemos, voy a poner una brigada táctica a trabajar en mejorarlos, pensó por centésima vez.

Montaron enseguida el centro de mando. *No es un tiempo récord* (Pearly llevaba un seguimiento de sus récords de construcción, esperando superarlos cada vez), *pero sí mucho mejor que el de la típica pandilla de machacas del Dominio.*

Guardaron las provisiones más aprisa, y a la hora del almuerzo ya estaban listos para elaborar los planes de minería y elegir un punto de perforación inicial.

Eran apenas pasadas las 16:00 cuando pusieron en marcha a los zerg con un ¡CRACK! El sonido era como el de una trampa de hierro fundido cerrándose sobre la pata de un jabalí de pradera a las afueras de Quijadas, donde él solía cazar cuando era un chaval.

Una de las MULAs había clavado una cuchara a eso de las 14:30, y Pearly estaba ayudando a Czark y a la brigada A con una reparación rápida.

Las excavadoras lunares móviles robóticas subían lo extraído de cada excavación. Eran capaces de transportar cargas que dejarían clavado a un VCE. Pero no tenían inteligencia ni instinto, por lo que Pearly había entrenado a sus hombres a trabajar

conjuntamente con las MULAs, corrigiendo telemetrías faltas de imaginación y guiando a las potentes excavadoras a los sitios donde más se las necesitaba.

Además las muy condenadas chupaban combustible a ojos vista, y cuando se quedaban secas hacían falta un par de uveceros para repostarlas.

Mientras Pearly sudaba para ponerle un accesorio nuevo a esta plataforma en concreto, notó un picor profético en la nuca. Refunfuñó y apartó un momento la mirada de la tarea en la que estaba.

Al otro lado de la excavación, el suboficial Wolfe estaba hundiendo un cortador de fusión en la reseca pared de roca. Entonces se oyó el sonido —¡CRACK!—, y de repente Wolfe había desaparecido y una grieta enorme estaba separando la tierra bajo los pies de todos. La hendidura creciente rodeó a toda prisa la excavación como una costura que se descosiera rápidamente en un tejido barato.

Una de las luces rojas a la izquierda de Pearly dejó de parpadear. Wolfe estaba muerto.

A Pearly se le agolpaban las ideas. *¿Una falla tectónica? No. Demasiado metódico.*

Rodeando el campamento a la perfección. Tiene que ser deliberado. ¡Tienen que haberlo tramado!

Entonces el primer zergling se lanzó desde la grieta y clavó sus púas en la cabina de Cortez (*metalúrgico de las fábricas de vehículos de lujo en Moria*). Pearly miró con más

detenimiento y se dio cuenta de que la rendija estaba llena... de caparazones zerg que no paraban de retorcerse.

¡Joder! Hay que formar, reagruparse en el centro de mando y...

Pero la grieta se estaba expandiendo, rodeando toda la zona. *Si vamos hacia el centro de mando y el equipamiento, quedaremos rodeados.* Pearly recorrió el terreno con la vista. Choosey era el que más cerca estaba del camino cada vez más reducido entre ellos y los cañones. Hora de tomar una decisión rápida.

"¡Uveceros! ¡Formad alrededor del teniente Wsoro! ¡Pasad por en medio y dirigíos a los cañones! ¡Trinchad todo lo que se mueva!".

Pearly puso en marcha el articulador de un golpe. Los hombres de la periferia ya tenían una multitud de zergling encima. Los uveceros, fieles a su estilo, formaban en filas de dos, moviéndose de un modo táctico, sin caer en el pánico, cortando y aplastando a los zergling lo más rápido que podían y desplazándose hacia la menguante abertura de fuga a la menor oportunidad. Si Pearly hubiera tenido un segundo, se habría sentido orgulloso.

Pero no había tiempo. La horda de zergling que salían retorciéndose de esa maldita grieta parecía no tener fin, y solo era cuestión de instantes que fueran arrollados. Pearly vio a un zergling caer sobre la parte superior de la plataforma de Dean Mozian (*experto en balística, liberado de un contrato leonino en un taller de explotación laboral de Cirion*)

y comenzar a desgarrar los bordes de la escotilla de visión. Pearly tiró de su articulador y arremetió con un brazo contra el zergling, atrapándole la cabeza con la pinza del extremo. Apretó el puño con tanta fuerza como pudo y sintió cómo se reventaba el cráneo del bicho a través del MEQUETREFE.

Notó una sacudida cuando un zergling golpeaba con un ruido sordo la parte posterior de su propia plataforma, y pivotó hacia Czark. Este pisoteó el tórax de otro zergling que correteaba entre ellos y levantó luego su soldador. Un gemido siseante sonó débilmente por el comunicador cuando Czark lo puso al máximo y arrancó al bicho de la espalda de Pearly con una llama al rojo blanco.

Cuatro luces más se apagaron como la de Wolfe. En la cabeza de Pearly fueron apareciendo los nombres de cada uno con cada paso pesado de su vehículo robótico.

¡Pum! *Addams, fontanero de Great Bend.*

¡PUM! *Kobayashi, físico de partículas procedente de una flota de investigación itinerante.*

Ya se estaban acercando a la abertura, con las dos MULAs por detrás para absorber el máximo daño posible.

¡PUM! *LeFleur, arquitecto de IU arrancado del Hypercade.*

¡PUM! Nguyen, arquitecto estructural, seguía trabajando para el cuerpo de voluntarios de Char, canalizando datos de blindaje de uso militar hacia iniciativas de vivienda para gente con pocos recursos.

La mayoría de hombres habían cruzado la abertura. Pearly miró atrás. Czark y los demás rezagados estaban escupiendo plasma contra una gran marea marrón de zerg.

¿Y ahora qué? ¡Incluso estando en terreno abierto nos abrumarán en unos segundos!

Pearly agarró con su pinza a Blake (*especialista en redes ya retirado tras veinte años en la UNN*) y lanzó la plataforma lisiada de este a través del hueco. ¡Ya casi tenían la marea encima!

¡Necesitamos algo que los detenga temporalmente o estamos jodidos! Una cuña de soldados de plastiaceró podría proteger el borde, dar a los demás algo de tiem...

Pearly vio a Wenders (*contratista de demoliciones oriundo de Halcyon*) desaparecer en una nube de zergling. Otra luz que se apagaba.

Vio a Czark, con su plataforma vuelta a popa, pensando exactamente lo mismo que él. *No, lo mismo no, porque...*

Czark encendió su cortador de fusión y apuntó con el extremo hacia el enorme paquete de explosivos acoplados a la plataforma de Wenders. A través de la distancia, Pearly le leyó la mirada a Czark. Apenas tuvo tiempo de pronunciar un apagado e inútil...

"No...".

Y toda la excavación se convirtió en una nube de fuego turbulento. La explosión empujó la plataforma de Pearly contra dos de sus uveceros en retirada. Durante un instante se quedó ahí, sacudiendo la cabeza, intentando dejar de escuchar el repique en su cabeza.

Pearly se recuperó. Czark les había dado algo de tiempo, pero como mucho sería un minuto. Tenían que ir...

"¡Oeste-noroeste, el cañón más estrecho por el que podamos pasar! ¡Tenéis las coordenadas en los paneles de datos! ¡Y ahora *moveos!*".

Ya era de noche cuando Pearly se sintió con confianza para ordenar a la compañía que se detuviera.

Habían logrado pasar por el hueco antes de que los zerg hubieran podido reagruparse, y en cuanto los bichos perdieron de vista a los uveceros no fueron tras ellos. Pearly sabía que al haber sido un día tranquilo y sin viento no se había propagado el olor de la grasa de las plataformas y que probablemente eso los había hecho más difíciles de localizar, pero aun así habían tenido suerte.

Ahora, en lo profundo de los sinuosos surcos y callejones de la meseta, habían descubierto un enorme cañón encajonado de lados escalonados. Solo había dos salidas, ambas puntos de pinzamiento. *Será tan seguro aquí como en cualquier otra parte*, pensó Pearly, y dio la orden.

Los hombres se detuvieron entre grandes chirridos. Pearly abrió un canal de comunicación con Griffud. "Liam. Necesito una vista 3D detallada de estos cañones lo antes posible".

"Recibido, jefe". La respuesta de Griffud fue seguida de unos cuantos pitidos apagados cuando se puso a ello. Pearly asintió y se volvió hacia sus demás hombres.

"De acuerdo, en formación".

Obedecieron fatigosamente, pero sin rechistar.

"Hoy hemos perdido a unos cuantos amigos, y estamos todos cansados por esta marcha. Pero necesitare que aún me deis más antes de que podamos descansar".

"¿Qué diablos ha sido eso, Pearly?!" Era Eddie Rimes, capitán de transporte originario de Tyrador.

"Una trampa, ha sido". Choosey escupió las palabras. "Sé distinguir una trampa en cuanto la veo. Hemos tendido muchas para esos perros del Dominio, ¿no? Nos han enviado aquí a explotar un maldito foso-trampa".

Rimes continuó preguntando. "¿Pero cómo podían saberlo? ¡¿Cómo podían saber que íbamos a ir a ese sitio?!".

"No lo sabían".

Era Dave Warner, que había pasado tres años elaborando estrategias de ingeniería contrabiológica para el OEI.

"La trampa no era para nosotros. No la tendieron por nosotros. O tal vez debería decir que la tendieron para cualquiera que no se arrastre por ahí metido en un caparazón. Teníamos informes de esto en Operaciones Especiales de Investigación, lo llamábamos *cables trampa*. Básicamente, los zerg encuentran un buen filón y, en vez de explotarlo, se atrincheran, llenan de biomateria una caverna y entran en una breve hibernación. Como una rana en un estanque".

"¡CHORRADAS! ¡Las ranas no salen de repente del suelo y te hacen pedazos, colega!".

Pearly ya había tenido suficiente. Se subió de un salto a una roca cercana y gritó: "¡Vale, dejadlo ya!".

Los uveceros lo dejaron.

Pearly suspiró. "No os voy a mentir. Estamos en apuros. Para empezar, ya íbamos con lo justo. Ahora el agua y la comida están en medio de una trampa letal. Estamos fuera del alcance del *Hyperion*, y no esperamos que vuelva hasta dentro de dos semanas. Con lo que tenemos aquí a mano...".

Se quedó callado, y Griffud terminó por él.

"No llega ni de lejos".

"Bueno, pues... necesito ideas".

Se quedaron en silencio. Era la primera vez que Pearly recordara haber pedido sugerencias a sus uveceros sin obtener veinte planes A igual de buenos. Ahora necesitaban algo más que una planificación. Necesitaban algo más que liderazgo. Necesitaban inspiración. Pensó en lo que Swann había dicho.

Inspiración por parte de un hombre que odia usar más de diez palabras seguidas. Joder.

Mierda.

Luego Pearly pensó en Lynn-Ann y los dos chicos. Pensó con todas sus fuerzas.

El primer paso es abrir la boca.

"De acuerdo", dijo, sin saber realmente qué vendría a continuación. "De acuerdo, escuchad...".

Escucharon.

"Tal como yo lo veo... esto... esto es un problema de ingeniería como cualquier otro. Es un transporte de materiales peligrosos. Es una gestión de recursos. Es...".

"Es fontanería", terminó Choosey.

"¡Exacto!", dijo Pearly. "Fontanería de la chungu. Pensadlo. Tenemos mierda donde no la queremos, y tenemos que hacer que se vaya a otra parte. Bueno. ¿Qué tenemos para poder hacer *eso*?"

"Bueno, para empezar, todos llevamos puestos unos enormes vehículos de construcción", intervino Griffud. "Eso tiene que servir para algo".

"¿Y qué hacemos con ellos? ¡Vamos!"

"Normalmente construimos cosas, pero no tenemos materiales", dijo Rimes.

Pearly se rascó el cuello y miró a su alrededor. Entonces chasqueó los dedos.

"Anda que no. Está claro que nunca has estado en Choss para ver mi obra maestra".

Rimes miró también por un instante y luego se rió. "Acantilados. Esculpiais de todo en vuestros acantilados, so cabrones...".

"Centros turísticos enteros, prácticamente ciudades verticales", terminó

Pearly."Escuchad, panda de zoquetes". Se fue dando grandes zancadas al centro del cañón. "Estamos en medio de una gran provisión de material de construcción. ¿Esos bastardos viscosos creen que *ellos* pueden construir una trampa? ¡Se enfrentan a los machacas más duros y con más mala leche del maldito sector!".

Pearly se giró y paseó entre los hombres.

"Así que estáis cansados. Yo también lo estoy. ¡Estoy cansado de correr, de cincuenta años de cargar cosas, de ver cómo mi mundo se desangra por culpa de la Confederación y el Domo, y de dos malditas guerras de más! ¡Estoy cansado y furioso, y vosotros también deberíais estarlo, porque una vez más nos echamos al hombro siete veces más mierda que cualquier otra unidad del sector! Pero ¿sabéis qué? ¡Me alegro! Me alegro porque cuando vuelva —con mis chicos, con mi hogar, con mi mujer—, cuando vuelva me lo habré ganado como ningún otro hombre que no estuviera esta noche en esta quebrada.

"Así que si estáis cansados, ¡bien! ¿Estáis furiosos? Mejor. Un uvecero cansado, furioso, sucio y mal alimentado vale más que diez soldados con turnos de ocho horas y tres

platos al día. Si nos dan una cuchara, les excavamos un búnker. ¡Si nos dan un palito, les construimos un fuerte! Si nos dan este enorme y solitario agujero en el suelo, tallaremos un instrumento de muerte que dejará tan aplastados a esos bichos que desearéis que haya aún más solo para poder verlos morir. Y una cosa os prometo...

"¡Los chicos del comedor en esa nave, los chicos que ahora están en sus camas en todo este sector, se quejarán, se cabrearán y se cagarán en todo por no haber estado aquí el día en que dieciséis machacas cansados se cargaron todo un ejército de xenos hambrientos!".

"¡Sí, joder!", exclamó Drew Roder (*diez años cavando pozos de exploración en el helado Zenn*), y algunos de los demás rieron y aplaudieron.

La voz de Griffud llegó tranquilamente por el comunicador de Pearly. "3D listo para toda la cadena". Pearly hizo aparecer inmediatamente la representación y localizó el cañón. Estudió la imagen parpadeante de quebradas enroscadas, destacó un puñado de puntos y se la envió a toda la unidad.

"¿Veis? Será aún más fácil de lo que creíamos".

Unos cuantos más asintieron con un sentido gruñido y Pearly oyó por lo menos un "Vaya que sí".

"Choosey, ¿puedes ensanchar la entrada con los explosivos de que disponemos?".

"Puedo hacer mucho más que eso. Pero tengo una pregunta, jefe. ¿Cómo vamos a atraer aquí a esos insectos malnacidos?".

Pearly suspiró y pensó de nuevo en su familia.

"Solo se me ocurre una forma...".

Trabajaron durante toda la noche, tomándose su tiempo, haciéndolo todo bien. Solo tendrían una oportunidad. Pero los uveceros estaban acostumbrados a esas condiciones. Habían construido plataformas de lanzamiento donde un centímetro en la dirección que no tocaba suponía la muerte de un piloto. Habían realizado listas de equipamiento viable mínimo donde un kilo de blindaje de neoacero de más podía hacer estamparse la aeronave contra la ladera de una montaña, y un kilo de menos podía significar la muerte a manos de hidraliscos.

En cierto sentido, está bien tener nuestras propias vidas en nuestras manos en vez de la de algún muchacho entusiasta.

Aquel pensamiento le pasó a Pearly por la cabeza mientras inspeccionaba el campamento asediado al amanecer. Todos los demás uveceros habían protestado cuando dijo que iría él, pero insistió. Griffud (rematada y felizmente científico hasta el

final) había señalado que Pearly había ganado la carrera anual de relevos con obstáculos en T-280 tres años seguidos. Y aunque no hubiera sido así, Pearly pensaba que ya había permitido que demasiados hombres buenos encajaran una bala en su lugar en esta misión.

Parece tranquilo.

Aparte de la enorme grieta y la inconfundible biomateria pringosa, el campamento estaba prácticamente como el día en que lo habían construido. Tranquilo. Desierto.

Sí, y si alguien se lo cree le vendo un puente. Pearly soltó una risita. Pues la verdad es que sí. Tengo puentes de sobra.

La risa de Pearly hizo llegar la voz preocupada de Choosey por el comunicador. "¿Jefe?".

Pierdo el oremus. Tengo que centrarme. Pearly se sobrepuso y dijo tranquilamente: "No pasa nada, Choosey. ¿Qué tal vais por ahí?"

"Estamos terminando la recarga solar de las plataformas. Un minuto para el espectáculo, jefe".

Este podría ser el día, pensó Pearly. Joder, he esquivado más balas de las que un viejo machacas debería permitirse. Dos guerras, innumerables mundos anárquicos. Si puedo salvar a los demás...

"Es una buena forma", dijo en voz alta.

"Treinta segundos, jefe".

Pero si va a ser así... Pearly extendió la mano y pulsó los controles. La escotilla se abrió con un siseo hermético.

"¿Jefe?!".

"Todo bien, Choosey". El viento árido de Gurdlac acarició la cabina como el beso de un amante. Pearly se sacó el arnés y sintió en la piel el toque delicado de la brisa. Sintió el aire suave y seco, la calidez del sol. Pensó en sus chicos. *Buenos chicos. Ya hombres, en realidad. De lo más sensatos.*

"Quince segundos, jefe".

Pensó en Lynn-Ann, con su larga melena de color miel y su cuerpo esbelto y bronceado. Una chica de la frontera de Choss. Había estado con una modernilla de ciudad en la Universidad, y durante las vacaciones del séptimo trimestre la dejó por Lynn-Ann, a la que no había visto desde la escuela primaria. Lynn-Ann, la marimacho de rodillas sucias que vivía callejón abajo y que se había transformado en un ángel del desierto. Lynn-Ann, que olía a agave y a salvia, y a algo indefinible que era mejor que esas dos cosas.

La mejor decisión de mi vida, pensó Pearly.

"Cinco...".

Inspiró hondo, expandiendo los pulmones.

"Cuatro...".

Repasó los planes...

"Tres...".

Buscando algún fallo...

"Dos...".

Penando en las variables...

"¡Uno!".

Agarró el articulador.

"¡Uveceros cargados y a la espera!".

Sintió el taladro girar a través del dispositivo táctil.

"¡Cuando quieras, jefe!".

Se echó la mano al cuello, tocado por el viento seco...

"¿Jefe?".

Pearly pulsó los controles. La escotilla se cerró con un golpe...

...¡y Pearly hundió el taladro en el suelo!

La reacción fue instantánea. De la grieta salió una explosión de zergling en una oleada de miembros que no paraban de retorcerse. Su silbido acumulado le llegó a Pearly una fracción de segundo antes de que fuera totalmente consciente de lo que estaba haciendo.

"Mierda".

Se dio la vuelta, encendió los propulsores y huyó como si lo persiguiera el mismísimo diablo.

Pearly pasó junto a la abertura del cañón por la que habían ido el día anterior y optó por un hueco más ancho medio kilómetro más abajo en la pared. Habían estudiado la

telemetría que Griffud había trazado y vieron que la otra salida del cañón encajonado se ensanchaba considerablemente al cabo de unos pocos metros. Para la brigada táctica B había sido pan comido modificar el punto de pinzamiento.

Será muy tentador, pensó Pearly. Espero.

Tras tres minutos de mover el culo ("*pies para qué os quiero*", que diría Lynn-Ann), llegó hasta él el primer zergling. Estaba preparado. Un movimiento rápido con los cortadores de fusión y el zergling cayó al suelo en dos pedazos y unos segundos después fue pisoteado por la horda hasta quedar hecho fosfatina.

Pero Pearly había perdido un poco el ritmo y los muy cabritos eran rápidos, diantre.

Atrapó a otro con su pinza y lo arrojó hacia delante como una bola de lanzamiento de peso para poder triturarlo con sus siguientes pisadas.

Pero el tercer zergling hincó los dientes en el motivador de su brazo izquierdo antes de que pudiera freírlo a base de plasma, y el cuarto logró encaramársele a la espalda.

Pearly notó que los servos se frenaban con el peso añadido. *Malo. Tengo que sacármelo de encima.*

Abrió a toda prisa la caja de control a su derecha e hizo un remiendo rápido sobre la marcha. La piel de su T-280 se puso al rojo blanco por la corriente, y el zergling chilló y se escabulló de la plataforma.

Pearly miró los indicadores. Apenas la energía suficiente para llegar hasta el final si no usaba los propulsores. *No puedo usar dos veces el mismo truco. Tengo que conseguir un poco de margen.*

Los hombres no se habían llevado gran cosa del campamento, pero habían cargado con un puñado de paquetes de demolición y unos cuantos metros de conducto. Lo habían necesitado casi todo para la construcción, pero, con lo que poco que les había sobrado, Dean y Choosey habían preparado tres sorpresitas. Esas sorpresas las llevaba ahora Pearly encima. Buscó el primer dispositivo alargado y tecleó en el panel de control para activarlo.

Era un asunto peliagudo. Si resultaba excesivamente disuasorio, la horda renunciaría a la persecución. Si era demasiado poco, lo arrollarían. *Es todo ello en miniatura*, pensó Pearly. *"El quid de la ingeniería está en los detalles"*, recordó que le dijo una vez un profesor. Pearly sospechaba que el hombre no se refería a atraer a xenos hostiles. Probablemente pensaba en redactar propuestas de subvenciones, tal vez en publicar tu manual técnico anual.

Joder, prefiero lo que estoy haciendo.

Pearly giró la cabeza para mirar a la horda. *Mala idea. Mierda. Hay una jodida tonelada métrica.* Cruzó los dedos y escupió como había visto hacer a su padre un centenar de veces para tener buena suerte, y luego lanzó el juguete de Choosey hacia la oleada de bichos.

¡CHUM! La granada de conmoción levantó un pequeño hongo de tierra y zergling que saltaban por los aires. Oyó a los demás sisear y proferir sus chillidos de sed de sangre.

¡Por todos los protoss, funciona! Había conseguido una pizca de distancia, pero la horda zergling no daba señales de perder el interés. *Si acaso, los he cabreado. Bien. Siempre es mejor enfrentarse a un enemigo que ha perdido los nervios.*

Ya había llegado al cañón y ganado algo de terreno cuando los zerg cerraron filas (o algo parecido) para caber en ese espacio más reducido.

Pearly mató a dos con los cortadores de fusión y empaló a otro en un oportuno pincho de piedra. Pero los demás se estaban acercando de nuevo, y ya no podía arriesgarse a que se le subieran encima y lo lastraran. Preparó la segunda granada.

¡CHUM! ¡UM! ¡Um! Um-um-um. El sonido cambiaba de frecuencia de un modo surrealista debido a la acústica del cañón.

Pearly miró atrás. *Malo*. La explosión no los había frenado tanto esta vez, y unos cuantos simplemente se habían subido por los laterales y continuado a todo galope. Aun así, tenía un poco más de margen.

Pearly echó un vistazo a los datos telemétricos. Maldita sea. Quedaba mucho, y ya había gastado la segunda sorpresa. *Si salgo de esta, quizás hasta eliminen la carrera de relevos con obstáculos.*

Había apagado el CONFORtrolador para ahorrar potencia tras aquel remiendo de antes, y ahora dentro hacía tanto calor como fuera, pero con muchísima menos sequedad. *Mejor pensado: si salgo de esta, voy a dedicar toda una brigada táctica a desarrollar una fibra que absorba mejor el sudor.*

Otro zergling cubrió la distancia, y Pearly logró perforarlo con el taladro, pero no antes de que el bicho le hubiera arrancado el circuito de control de todo el brazo derecho.

Pearly ya estaba cerca. Al doblar un recodo la vio: la recta cuesta abajo hacia el final. ¡Iba a conseguirlo!

Fue entonces cuando el primer zergling golpeó su espalda. Pearly renegó y dio un trompición a un lado, triturando al muy bastardo contra la pared del cañón. Pero aquello lo frenó, y se había olvidado de los zergling que corrían por las paredes casi verticales. Apenas había avanzado tres pasos más cuando otro bicho saltó.

Y luego otro.

Y otro.

Se sacudió y golpeó con el brazo que le quedaba funcional en el T-280 y se arrancó a uno de los pequeños malnacidos, pero este fue reemplazado por un cuarto. Sus hoces acuchillaban el plásticero de su escotilla de visión. Los servos gemían y gruñían, y su impulso se redujo drásticamente. Podía ver la meta a unas cuantas zancadas, pero era imposible. Imposiblemente lejos.

Tendría ahí al resto de la horda en cuestión de segundos. No podía volver a recurrir a un parcheado sobre la marcha: se quedaría clavado al suelo como una piedra. Y tampoco tenía suficiente energía para los propulsores.

La escotilla de visión comenzó a llenarse de una telaraña de grietas.

Una única posibilidad. Disparatada. Pero tenía que llevarlos hasta el punto de pinzamiento...

¡CLINK! La hoz de un zergling atravesó el plásticero, y sintió una punzada de dolor al clavársele esta en el hombro. Pearly gritó y apretó los dientes.

¡Ahora o nunca!

Pulsó un control con el brazo bueno...

..y el mundo se tornó blanco cuando la última granada de conmoción —enganchada aún a la parte posterior de su plataforma— estalló con un ¡POP!

Dolor.

Dolor en el hombro.

No estaba muerto.

Pearly abrió los ojos. La explosión había lanzado su plataforma prácticamente al otro extremo del cañón. El dolor en el hombro se debía a la hoz del zergling, clavada aún ahí, separada de su dueño por la detonación.

Se asomó por la escotilla de visión hecha añicos.

Toda la horda zerg pasaba *a raudales* por el punto de pinzamiento y venía...

Directa hacia mí.

Pearly renegó de nuevo y tiró de los controles. El T-280 estaba hecho polvo. Todos los motivadores de una pierna estaban reventados. No importaba. Aún tenía la otra pierna y

un brazo, y había puesto a la cosa en pie. Se dio cuenta de que Choosey y todas las demás voces del cuerpo le estaban gritando por el comunicador "¡Mueve ese maldito culo de una vez, joder!". Y así lo hizo.

Fue dando bandazos, arrastrándose, haciendo eses como un borracho, y de algún modo —*de algún modo*— llevó ese maldito culo a la pared en la que colgaba la cadena de remolque de Choosey, enganchó en ella la pinza y sintió el tirón en el MRF cuando Choosey y Griffud lo auparon hacia arriba.

Y Pearly oyó el sonido —un tren de mercancía lleno de abejas impactando contra el contrafuerte de un puente— cuando centenares de zergling arremetieron contra la pared del cañón por debajo de él.

Intentaron escalar la pared —*vaya si lo intentaron*—, que había sido recortada hasta dejarla lo bastante empinada. "Un zergling puede trepar por una superficie casi vertical", había dicho Warner. "Casi".

Y sisearon —*vaya si sisearon*— cuando Choosey accionó un conmutador y activó las cargas de demolición colocadas con precisión en las paredes del acantilado para que el punto de pinzamiento ensanchado se desvaneciera en con un *bang* bien limpio y una pequeña nube de polvo. "Coser y cantar", había dicho Choosey.

Y entonces los zergling comenzaron a morir.

Murieron cuando suelos de piedra cuidadosamente serrados se hundieron bajo ellos y los hicieron caer a unos fosos llenos de puntas de conductos meticulosamente afiladas.

Murieron cuando columnas de rocas elegantemente removidas cayeron atronadoras, como un ballet, por rampas perfectamente torneadas y aplastaron a los bichos para dejarlos hechos una papilla pegajosa.

Murieron en trampas de arena, y en cepos, y en desprendimientos de rocas, y cuando habían sido reducidos a un puñado, los pocos que quedaban murieron con sus cabezas estrujadas por las pinzas accionadas por servos en los extremos de los brazos de una falange compacta formada por quince viejales hambrientos, cansados y de muy mal humor. Pearly dejó que se encargaran. Se habían ganado darse el gustazo.

El teniente Hathaway estaba nervioso mientras la nave de evacuación traqueteaba en la atmósfera seca y poco densa de Gurdlac. No era por el lanzamiento. En su breve carrera, Hathaway se había lanzado a mundos mucho menos hospitalarios que este. Y había mirado directamente a las fauces de un envilecedor furioso, apretado el gatillo de su fusil gauss y salvado a una docena de soldados. Era así como se había ganado sus galones.

Pero por alguna razón, siempre que tenía que tratar con uveceros acababa sintiéndose como un niño al que hubieran sorprendido jugando con las herramientas de papá.

Desearía que le hubieran asignado otra misión, pero así era la cosa: cuando Jim Raynor te pedía que hicieras un trabajo, lo hacías.

La nave se posó sin estruendos, y Hathaway salió a inspeccionar la excavación.

Parpadeó. Había uveceros desperdigados por todo el sitio, sentados en cajas, jugando a las cartas, tendidos en las cabinas abiertas de sus T-280 con los gorros tapándoles los ojos, sesteando.

Pero no era eso lo que había hecho que Hathaway se quedara mirando. El campamento entero estaba rodeado de cráneos de zergling clavados en palos. Algunos aplastados, algunos resquebrajados, algunos recompuestos apresuradamente con adhesivo industrial. Hathaway se quedó mirando eso, y las marcas de garras en las estructuras recién construidas, y los T-280s reparados de forma improvisada con trozos de aquí y allá, y.... ¿eso que contenía aquel motivador era una lata de cerveza?!

"Sí que habéis tardado, tío".

El hombre que habló era "Choosey" Wsoro. Hathaway lo conocía de la sesión de información de la misión, pero no respondió; se quedó mirando. Choosey esperó, luego miró alrededor y rió.

"Ah, sí. Eso. Tuvimos un problemilla con unos cuantos zerg".

Hathaway balbuceó. Abrió la boca para hablar. La cerró. La abrió otra vez; la cerró. Dos veces más. Finalmente logró un: "¿Cómo? O sea... tienen suerte... es decir... ¿Se... se acercaron a las, ah, cuatrocientas cargas útiles que les mandaron extraer?".

Choosey soltó una carcajada. "Claro que no, chico".

Hathaway gruñó por lo bajo. A Raynor no le iba a...

"Hemos extraído ochocientas cargas útiles".

A poca distancia, Pearly se sonreía.

Jim Raynor respondió a los golpes a su puerta.

"Adelante".

Pearly entró y encontró a Raynor contemplando con aspecto sombrío los datos de una lectura táctica. La cerró y se frotó los ojos. "Eh, Pearly. ¿Qué tal el brazo?".

Pearly dejó su caja de herramientas cerca de la puerta y entró en la sala. "Como nuevo. Rory está decepcionado. Creo que pensaba que íbamos a escribir juntos un digitomo sobre cómo dedicarse a la ingeniería con un solo brazo", bromeó.

Raynor esbozó una sonrisa burlona. "Lástima. Podríamos haber salido de gira para promocionarlo".

"Yo ya he tenido giras de sobras, comandante".

"Ya somos dos. ¿Qué pasa, Pearly?".

Pearly inspiró hondo y se preparó para decir diez palabras. Y más, si hacía falta.

"El cuerpo de ingeniería especial de los uveceros tiene un rendimiento siete veces mayor que el de una unidad equivalente del Dominio".

"Ocho", replicó Raynor. "He analizado... cifras más recientes".

Pearly sonrió con tristeza. "Sí. Supongo que nos hemos hecho muy amiguitos del príncipe Valerian mientras mis chicos estaban en aquel peñasco".

Raynor inspiró de repente. "Sí. Tuve que hacer algunas llamadas extrañas. ¡Pero esta lucha en la que estamos ha dado un vuelco! Así que si estás aquí por...".

"No he venido a eso. Quiero un camino realista hacia la paz. Esto ofrece algunas ventajas claras. Y lo dice un ingeniero. Confiamos en ti".

"Agradezco...".

Pearly continuó. "Aun así... esas cifras. Ocho veces lo que el Dominio. Es verdad. Y os ponemos una carretera o un puente o un edificio en cualquier maldito sitio que queráis, y lo hacemos porque la unidad se compone de hombres adultos, Jim. No críos estudiosos sin experiencia como los que se vuelan unos a otros por todo el puñetero sector.

Hombres con familias".

"Pearly, nadie dice...".

"No he terminado. Si tenemos ese rendimiento no es a pesar de que nos preocupemos por esas familias, sino *porque* nos preocupamos por ellas. Es mucha mejor motivación que cualquier paquete de estimulantes. Pero acaba afectando".

Pearly hizo una pausa y se sacó una consola remota. "Este es el calendario de mantenimiento de las máquinas de mi jurisdicción. Hay una lista pormenorizada. E incluye el nombre de cada hombre bajo mi mando. Requieren mantenimiento. Es un calendario escalonado. Y está adaptado al plan de navegación que tienes en el puente de mando. Nunca habrá más de cuatro hombres ausentes en cualquier momento. Puedes firmarlo...".

Le acercó la consola a Raynor.

"O puedes buscarte a otro para que dirija este cuerpo".

Jim Raynor miró a Pearly con ojos de vaquero cansado. Hubo un silencio. En algún lugar de la nave, por encima de ellos, algo traqueteaba en cubierta.

Tras un largo instante, Raynor cogió la consola. "De acuerdo".

Pearly le sostuvo la mirada. "De acuerdo".

Pearly se giró para irse, pero Raynor añadió: "Hay una cosa...".

"¿Dime, Jim?"

"¿Te acuerdas del vehículo para hacer puentes en el que te tenía trabajando? Puede que haya encontrado una misión para estrenarlo".

Pearly asintió.

"¿Qué te parecería construir un campamento pequeño, discreto... en Char?"

Sin darse la vuelta, Pearly sonrió y se agachó a por su caja de herramientas.

Fin